

Presentación

Por Perla VALERO*

HISTORIA GLOBAL, historia mundial, historia transnacional, historia conectada, son términos que se escuchan de manera cada vez más habitual en las aulas universitarias y se leen de forma cada vez más frecuente en las portadas de los libros. Este ímpetu pareciera anunciar una renovación historiográfica crecida en las últimas décadas que se posiciona frente a una anquilosada historia nacional que se ha quedado corta para explicar el devenir social. Desde una realidad cada vez más global, éste demanda una perspectiva del pasado más inclusiva y menos estrecha. Después de todo, como decía Benedetto Croce, “toda la historia es historia contemporánea”, y las preguntas que nos hacemos hoy las formulamos desde una realidad que ya no sólo se vive local y nacional sino también globalmente.

Sin embargo, la intención de escribir narrativas más allá de la nación y en un marco global no es una novedad del siglo XXI, hubo distintos intentos previos, siendo quizás los más trascendentes los *Annales* y sus civilizaciones comparadas con Fernand Braudel y su historia total en su punto más desarrollado, pero también la historia atlántica y la microhistoria italiana y, desde una visión más sociológica pero de larga duración —e inspirada en los trabajos de Braudel—, la teoría de los sistemas mundo de Immanuel Wallerstein. No obstante, si nos remontamos aún más atrás encontramos al propio Leopold van Ranke, quien sentenciaba que “una historia general del mundo es necesaria pero no posible en el estado actual de la investigación”.¹ ¿Cuándo, entonces, se tornó posible escribir historia global? Sólo desde finales del siglo XX, cuando aparentemente comenzó a percibirse y a tomarse conciencia de la creciente integración económica e interconexión política, social y cultural de las sociedades a nivel planetario, fenómeno que fue denominado globalización —también llamado “mundialización”

* Profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y doctoranda en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la misma institución; e-mail: <perlapvalero@gmail.com>.

¹ Jürgen Osterhammel, *The transformation of the world: a global history of the 19th century*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2014, p. 902.

en ciertos ámbitos europeos. Las discusiones en torno a este fenómeno fueron el contexto que vio nacer el enfoque que pasaría a autodenominarse “historia global”, gestado durante la década de 1990 al interior de las academias anglosajonas. Se distinguió de la historia mundial —también anglosajona—, la cual se desarrolló durante la Guerra Fría, por tomar, precisamente, la globalización como concepto clave y organizativo y se definió como “la historia de los procesos de globalización que se remonta en el pasado tan lejos como sea preciso”.²

Bajo el signo de la globalización, los historiadores comenzaron a hacerse nuevas preguntas sobre antiguos objetos, sujetos y procesos que habían estado allí, ante sus ojos, pero que habían sido pensados abrumadoramente bajo lógicas locales y nacionales. Comenzaron a aparecer historias globales de las mercancías, del oro y la plata, del azúcar y el algodón, del carbón y el acero, del plástico y el petróleo, de los trabajadores, de los migrantes y las diásporas, de la pobreza, de las organizaciones políticas y religiosas, del clima y de las enfermedades epidémicas, todos ellos objetos globales por excelencia e íntimamente relacionados con el mercado global que se desbordaba por todas partes en los años noventa y que uniformaba poco a poco la vida cultural a nivel mundial.

A menudo confundida con el mercado mismo, los historiadores globales buscaron los orígenes de la globalización; de allí que algunos estudiosos comenzaran a referirse a la protoglobalización y la identificaran desde tiempos antiguos, llegando a hablar incluso de redes humanas globales en la prehistoria,³ como si fuese una suerte de objeto transhistórico que ha acompañado a la historia desde que la humanidad es humanidad. En este mismo periodo de los noventa *globalización* se tornó un término de uso obligado en la academia y contra el cual aparecieron voces críticas que lo consideraron un eslogan más que una nueva realidad, como sostuvo Wallerstein; para el sociólogo norteamericano la famosa globalización describía un fenómeno que llevaba por lo menos quinientos años de existencia.⁴ Los marxistas coincidieron con esta crítica y señalaron que

² Bruce Mazlish, “La historia se hace Historia: la Historia Mundial y la Nueva Historia Global”, *Memoria y Civilización* (Universidad de Navarra), núm. 4 (2001), p. 12.

³ William McNeill y J.R. McNeill, *The human web: a bird's-eye view of world history*, Nueva York, W.W. Norton, 2003.

⁴ Immanuel Wallerstein, “Después del desarrollismo y la globalización, ¿qué?”, *Polis. Revista Latinoamericana* (Universidad de Los Lagos, Chile), núm. 13 (2006), en DE: <<https://polis.revues.org/5405>>. Consultada el 11-vi-2016.

dicho fenómeno formaba parte de un proceso mucho más amplio que había acompañado el desarrollo del propio capitalismo. “La biografía moderna del capital comienza en el siglo xvi, con el comercio y el mercado mundiales”,⁵ señaló Karl Marx, y agregó que fue precisamente el desarrollo del mercado a escala mundial a partir el siglo xvi y no antes el que permitió el capitalismo, con lo cual negó que la globalización fuese igual a mercado en general y que ésta hubiese acompañado a la humanidad desde su génesis.

Este punto resulta fundamental, pues datar los orígenes del proceso de globalización implica encontrar el momento en el que la historia se tornó historia verdaderamente mundial. Además tiene implicaciones metodológicas trascendentales, pues nos obliga a preguntarnos si puede hacerse historia global de procesos enmarcados en periodos históricos donde no existen realidades globales, o no todavía. ¿Qué implica entonces hacer historia global? Implica aclarar, de inicio, que la historia global es un discurso, por supuesto, una narrativa que escriben los historiadores; una aproximación, un enfoque, una mirada con la que el historiador observa y analiza sujetos y objetos que no tienen que ser, necesariamente, globales; y un objeto de estudio mismo.⁶ Para definirlo, primero debe aclararse cuándo fue que la historia de la humanidad se volvió historia global y por qué. Esta pregunta ha sido descuidada por los propios historiadores globales, que se han aferrado al concepto de globalización utilizándolo para periodos históricos en que el mundo no posee aún una realidad global, como la Antigüedad clásica.⁷ La integración planetaria de nuestro mundo no fue tal sino hasta el momento en que América, esa cuarta parte del mundo,⁸ fue obligada a sangre y fuego a entrar a la historia universal permitiendo, además, el paso e integración del Pacífico a una naciente modernidad capitalista en el largo siglo xvi. América y su mar Caribe mediterráneo inauguraron la verdadera historia global, punto que ha sido soslayado por los historiadores globales.

⁵ Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política*, t. 1, México, Siglo XXI, 2008, p. 179.

⁶ Sebastian Conrad, *What is global history?*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2016.

⁷ Martin Pitts y Miguel John Versluys, eds., *Globalisation and the Roman world: World history, connectivity and material culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

⁸ Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, UNAM, 1958.

La historia global anglosajona, como obediente hija de la globalización, ha asumido ciertos objetos de estudio preferentes, concentrando su atención en aquellos espacios del mundo que en la década de los años noventa eran de vital importancia para el comercio con los centros hegemónicos occidentales. Es decir, se ocuparon de historizar el desarrollo económico de sus principales y pujantes socios comerciales: China, Rusia, India, Japón y países de Medio Oriente, que a su vez eran sus antiguas colonias y zonas de influencia. Otros espacios quedaron relegados del interés de la historiografía global, pues en la narrativa histórica también hay jerarquías, geopolítica y relaciones de poder.

El giro global en la historia, proveniente de las academias del norte global, fue exportado al resto del mundo con su discurso de una historia más incluyente y plural que miraba otros espacios más allá de Occidente en una perspectiva mundial, ya no solamente local y nacional. Sin embargo, en las periferias del mundo globalizado se había cultivado ya cierta historiografía dedicada a analizar procesos globales y especialmente preocupada por el papel de los márgenes coloniales y neocoloniales dentro del sistema mundial. Para nosotros, en América Latina y en el resto del llamado Tercer Mundo, la historia nacional no había sido pensada en términos puramente nacionales, pues desde sus orígenes mismos la nación había estado a merced de nuestras antiguas metrópolis —y del nuevo hegemón norteamericano después de 1945.

En las periferias, pensar la naturaleza y la función de las antiguas sociedades libres que fueron colonizadas y explotadas en el marco de un sistema de hegemonía económica, política y cultural planetario, se tornó un problema teórico y práctico crucial para la reproducción de la vida y fue asumido por diversas discursividades: el marxismo no occidental de un José Carlos Mariátegui o un Samir Amin, las teorías de la dependencia en América Latina, la escuela de los estudios subalternos en el sureste asiático, las teorías poscoloniales en Asia y África y su giro descolonial en América Latina. En esta relación centro-periferia se jugaba también la forma de apropiarse del pasado y del presente de los colonizados frente al discurso eurocentrado, problema que apareció en precursores de la teoría poscolonial como el filósofo y psiquiatra martiniqués Frantz Fanon en su *Piel negra, máscaras blancas* (1952) y en el historiador senegalés Cheikh Anta Diop, autor de un polémico trabajo publicado en 1974 sobre los orígenes negros de la cultura egipcia —tesis retomada por el historiador británico Martin Bernal

en su *Atenea negra*.⁹ En los márgenes, nuestros teóricos se interesaron por comprender cómo Europa subdesarrolló a África —frase que dio título a un famoso libro del historiador guyanés Walter Rodney—¹⁰ y cómo América Latina, Asia y África desarrollaron a Europa. En los años noventa esto fue un descubrimiento para las academias anglosajonas, pues la historia convencional se había encargado de construir un relato que omitía lo que las colonias habían aportado al desarrollo europeo, el cual era explicado como una excepción en la historia, como producto de un complejo multifactorial que no tenía nada que ver con la explotación colonial y las relaciones imperialistas.¹¹

No olvidemos que la antesala del efervescente discurso de la globalización estuvo marcada por los discursos de la segunda posguerra, que pusieron énfasis en las reivindicaciones étnicas en Europa, las luchas de descolonización en Asia y África y, hacia finales del siglo xx, el auge de los movimientos indígenas en América Latina. La defensa del multiculturalismo y la diferencia cultural convergieron con el interés de la historia global por mirar más allá de Europa occidental y América del norte, conjuntando el giro global con el multicultural. El resultado debía ser una narrativa que intentase distanciarse del relato unilineal, progresivo y eurocentrado que había relegado a los pueblos de matriz no europea occidental a meros receptáculos pasivos y víctimas de la historia mas no sujetos hacedores de esa hazaña de la libertad que Croce definió como historia. Provincializar Europa como dijo Dipesh Chakrabarty,¹² devolverla poco a poco a su justa medida en la historia y restituir su papel de sujeto a la gente sin historia, como la llamó Eric Wolf parafraseando a Hegel.¹³

Escribir una historia no eurocéntrica se ha convertido en una proposición de la historia global¹⁴ y esto es de celebrarse, pero el

⁹ Cheikh Anta Diop, *Naciones negras y cultura*, Barcelona, Bellaterra/Casa África, 2012; Martin Bernal, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993.

¹⁰ Walter Rodney, *How Europe underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture Publications, 1972.

¹¹ Cf. James Morris Blaut, *Eight Eurocentric historians*, Nueva York/Londres, Guilford Press, 2000; Robert B. Marks, *Los orígenes del mundo moderno: una nueva visión*, Barcelona, Crítica, 2007.

¹² Dipesh Chakrabarty, *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Barcelona, Tusquets, 2008.

¹³ Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México, FCE, 2005.

¹⁴ Cf. Osterhammel, *The transformation of the world* [n. 1]; Christopher Bayly, *El nacimiento del mundo moderno*, Madrid, Alianza, 2001.

propósito aún no se cumple del todo. Los propios historiadores globales han señalado que el enfoque “todavía se ve lastrado por un eurocentrismo inconfeso [aunque] ha realizado avances significativos en el proceso de liberarse de ese punto de partida”.¹⁵ Como cura para el eurocentrismo, la historia global se ha conformado con mirar más allá del Occidente para evitar el excepcionalismo europeo autorreferencial pero, a menudo, esta nueva historia que es plural por la integración de nuevos actores, sigue interpretándose bajo paradigmas teóricos “europeizantes” y “norteamericanizadores”. No se ha asumido el problema de la colonialidad del saber denunciada por la teoría descolonial latinoamericana y antes por subalternistas como Gayatri Spivak, con su noción de violencia epistémica, y Chakrabarty, con sus denuncias de la supervivencia de prejuicios eurocéntricos en la historiografía occidental.

Escribir historia global en el siglo *xxi* implica la responsabilidad de asumir estas problematizaciones teóricas y políticas. No es una tarea sencilla y mucho menos cuando nos enfrentamos con esta pregunta: ¿cómo es posible dotar de una significación no eurocéntrica al relato histórico que escribimos cuando la realidad efectiva desde hace por lo menos quinientos años nos impone una forma blanca, occidental y burguesa de entender el mundo? Para escribir historia verdaderamente global hay que comenzar por descolonizar la historia misma en sus fundamentos epistemológicos, tarea que no ha asumido la historia global anglosajona. En América Latina esta preocupación se ha asumido en los márgenes, de allí el esfuerzo por recabar trabajos para este *dossier* en el cual el lector encontrará tanto ensayos teóricos como historiográficos y estudios de caso.

El *dossier* “América Latina en la historia global” incluye artículos que asumen la idea de “lo global” en su sentido polisémico: como redes de interconexión planetarias; como aquello que converge en lo local; o bien, como desarrollos simultáneos en distintos espacios, ilustrando así las diversas formas en que la historia latinoamericana puede asumir en su quehacer la noción de lo global.

Se abre con dos trabajos de corte teórico e historiográfico: “Ser exigentes con la ‘historia global’: escribir de otro modo la historia mundial”, de José Guadalupe Gandarilla, versa sobre la conceptualización de la historia global frente a la historia total de Braudel, la historia comparada y la historia universal, haciendo énfasis en

¹⁵ Mazlish, “La historia se hace Historia” [n. 2], p. 10.

las supuestas pretensiones no eurocentradas de la historia global. Mientras que en “Los múltiples siglos xvi: hacia una historia mundial crítica del capitalismo y la colonialidad”, Alejandro Fernando González plantea el siglo xvi como el primer siglo global y aborda las conceptualizaciones y apropiaciones de dicha centuria hechas por la historiografía tradicional, la marxista y la posmoderna. Ambos artículos recuperan el papel central de América Latina para pensar el desarrollo de la historia global como discurso, en el primer caso, y como realidad histórica, en el segundo.

A este par le siguen cinco trabajos más que tratan sobre fenómenos globales desarrollados en la segunda mitad del siglo xx y situados desde América Latina. “La tormenta del mundo vista por *Clarín* (1937-1945)”, de Carlos Fernando López de la Torre, analiza el caso de una revista política argentina donde la derecha nacionalista vertió su lectura de acontecimientos globales desde su realidad local, en este caso, una visión del fascismo como fenómeno universal y transnacional. Por su parte, “La minería del manganeso en México durante la Segunda Guerra Mundial”, de Óscar Moisés Torres Montúfar, analiza la producción de este mineral industrial, fundamental para la producción de acero, en el contexto bélico y la posguerra, mostrando cómo un conflicto global modificó una industria local y cómo la incipiente industria mexicana incidió en lo global. El artículo “Notas para una historia transnacional de la revolución verde”, de Diana Alejandra Méndez Rojas, versa sobre cómo un modelo de asistencia agrícola para el Tercer Mundo diseñado en Estados Unidos a través de la experimentación y mercantilización de semillas híbridas transformó la agricultura a nivel global y puso en riesgo la soberanía alimentaria. Finalmente, “(Neo)colonialismo y descolonización: abordajes desde la revista *Pensamiento Crítico* en Cuba”, de Jaime Ortega Reyna, analiza los contenidos de la mítica revista publicada en los años setenta y rescata la lectura de los intelectuales revolucionarios de la Isla sobre la descolonización del mundo y el diálogo entre el marxismo “occidental” y el latinoamericano.

Pensar la historia global desde América Latina es el común denominador que comparten estos ensayos cuya intención no es hacer calco y copia de un enfoque producido, empaquetado y exportado desde el norte global para ser consumido en los sures. Por el contrario, la intención es tomar esta coyuntura posibilitada por la historia global anglosajona para abrir un diálogo que, desde

nuestras latitudes como lugar de enunciación, recupere la tradición de crítica histórica fraguada en nuestros márgenes para pensar las complejidades de nuestra realidad mundializada y eurocentrada. Después de todo, la historia global la abrió la invención de esta América nuestra y su papel en la historia mundial debe discutirse.